

ALGUNAS CONSIDERACIONES SOBRE

LA ENSEÑANZA DE ECONOMÍA

por José C. Cárdenas,  
Profesor de la Facultad de Economía  
de la Universidad Central.

Para quien aprecia el desarrollo histórico universal como un proceso determinado por las relaciones causales en el fondo de las cuales las formas de producción y de distribución de la riqueza creada juegan un papel esencial, no puede pasar desapercibido el hecho de que la ciencia económica ha seguido un desarrollo paralelo al de la evolución económica mundial, y que es la etapa del desarrollo industrial y del moderno capitalismo que invita al estudio de las relaciones existentes en el fondo de toda actividad económica en forma sistemática y con métodos científicos.

No pretendemos en esta breve charla trazar una exégesis del desenvolvimiento histórico de la ciencia económica. Como la política o la filosofía, la ciencia económica en sus comienzos tiende a servir de instrumento de propaganda de la realidad existente, con sus fallas e injusticias. Adam Smith preconizó una economía liberal, individualista, en que el Estado no debe ejercer sino funciones policiales, dejando a la iniciativa privada y al libre esfuerzo individual la organización económica de la sociedad. Sin embargo, los economistas desde Smith no pueden dejar de reconocer que la economía como ciencia es una poderosa arma de organización de la sociedad, y, sobre todo, de análisis de la realidad existente, para descubrir sus fallas y curarlas con la intervención del Estado. Malthus encuentra en la ciencia económica un instrumento formidable para denunciar las lacras sociales que afligen a la Europa convulsa y empobrecida que emerge de las guerras napoleónicas. Como dice el economista americano Laurence E. Leamer, refiriéndose a la enseñanza de economía en Europa a mediados del siglo pasado: "Así como los 'peligros revolucionarios' de las clases más bajas que insurgían se hicieron aparentes, los economistas políticos vieron un mérito creciente en la instrucción en economía, en apoyo del orden de cosas existente".

En la época contemporánea, es solamente después de la gran depresión que azotó al mundo en 1929-33, y de la ola revolucionaria que lo agitó en ese período, que la ciencia económica sufre su más tremenda crisis y, al mismo tiempo, como fruto de ella nace el sistema keynesiano de análisis de la economía como un todo, para sustituir al viejo cuantitativismo de Locke, Hume y Ricardo, presente en la idólatra veneración del patrón oro con sus reglas del juego, de las que el Profesor Kemmerer fuera el enviado arcángelico en nuestra Patria.

Y son los frutos maduros en savia revolucionaria que recoge el mundo capitalista después de la segunda guerra mundial, que incuban una nueva concepción del Estado moderno, en que el bienestar de la colectividad opera como principio motor de la actividad económica, concepción que se hace presente en la conducta económica del Laborismo inglés gobernante, y que la reacción conservadora de Churchill no podrá destruir.

Pero, cuál es la ruta de la enseñanza de la economía? El mundo capitalista no habría podido desarrollar su inmenso poderío sin la ayuda de los economistas, y para tener economistas, es necesaria la enseñanza de economía en las Universidades. Los Estados Unidos, Inglaterra, Alemania, Francia, producen los más grandes economistas en su proceso de desarrollo capitalista. Los Estados Unidos solamente después de la Guerra de Secesión entre la Confederación del Sur y la Unión del Norte, logran contribuir a la ciencia económica con nombres ilustres, entre los que no podemos olvidar a un Henry George, quien fué más un reformador social que un economista. En su obra, clásica en la literatura económica, "Progreso y Miseria", analizó también crudamente la realidad social del mundo como él la veía y formuló su proposición para imponer un tributo único que absorbiese lo que, en

nuestra lexicología, llamaríamos la "plusvalía" de la tierra. Inglaterra produjo, después de Smith, Ricardo y los Mill, un Alfredo Marshall, reformulador de la ciencia microeconómica, o la teoría de la firma, que completan con sus descubrimientos Joan Robinson y el americano Edward Chamberlin hace dos décadas. En Francia aparecen Bastiat, Cournot y Walras, este último con su famosa teoría del equilibrio general, que siguen los economistas Wilfredo Pareto, italiano, y Gustavo Cassel, sueco. En Alemania, los nombres del filósofo y economista Carlos Marx y de su colega Federico Engels, llenan toda una época del movimiento obrero mundial, que señala una de sus más fuertes conquistas con la Revolución de Octubre de 1917. Más tarde, el alemán Spiethoff, el ruso Tugan-Baranowsky, y los suecos Wicksell y Cassel, siembran lo que en 1936 sistematizará y erigirá en una teoría coordinada el salvador del capitalismo moderno, John Maynard Keynes, en su libro "Teoría de la Ocupación, el Interés y el Dinero", donde trata de derribar de un golpe maestro la teoría clásica.

Todos estos economistas, con pocas excepciones, son Profesores Universitarios, cuyas enseñanzas se difunden por los ámbitos de sus países y del mundo. Hasta nosotros llegan, apagadas, las llamas vivas y quemantes de esas enseñanzas. El apogeo del cacao y la vida plácida de nuestras castas "cacañeras" en Europa, nos hacen vivir de espaldas al mundo, desangrándonos internamente como en la revuelta de Esmeraldas, y consumiéndonos en luchas internas, mientras la famosa "pepa de oro" sostiene un Estado de la más absoluta factura "smithiana" bajo el dogal de una institución que dictó lo que Dillon acertadamente llama "11 Años de Tiranía Bancaria". La revolución juliana trajo, como en eco, los fermentos sociales del 15 de Noviembre de 1922, ecos que se apagaron entre la abotonadura militar y la insurgencia de una clase liberal serrana, rica y fuertemente ribeteada de conservadorismo, ante la que sucumbiera, traicionado y abandonado, el radical Dillon.

En 1926 llega al País la Misión Kemmerer, contratada para organizar el Banco Central y reorganizar la estructura financiera y tributaria del País. Viejas ideas remozadas en un mundo que había salido de la más grande catástrofe mundial, forman el bagaje intelectual y científico de esta Misión. Pero ella deja obra permanente, que los ecuatorianos hemos debido remozar para adecuarla a las condiciones cambiantes de nuestra vida nacional.

La crisis de 1929-33, trasciende a todos los ámbitos de la vida nacional, y de ella surgen, transformados en partidos y programas políticos, los anhelos de las clases populares del País. Un grupo de hombres entre los que se destacan Luis Eduardo Laso, Néstor Mogollón y Eduardo Riofrío, se dedican al estudio de la economía y ensayan interpretaciones de la realidad económica nacional. Laso se destaca entre ellos por la inquietud con que enfoca los más palpitantes problemas nacionales. El banquero guayaquileño Sr. Víctor Emilio Estrada produce en 1934, su "Plan" de reforma económico-financiera, y contribuye también con su polémica fervorosa y encendida a la dilucidación de los problemas nacionales. Desde las ardientes polémicas de Dillon, no se había conocido una inquietud mayor en el País por el estudio de sus problemas económicos. En 1938 se funda por primer vez un cursillo de estudios económico-sociales, auspiciado por el Instituto Nacional de Previsión, ha iniciativa de Luis Eduardo Laso. Y en ese año, también, se funda la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Guayaquil. Por fin, en 1943, consigue Laso dar cima a su idea de fundar la Escuela de Ciencias Económicas de Quito, transformada más tarde en Facultad gracias a la infatigable acción de Manuel Agustín Aguirre su actual Decano.

Pero, nos preguntamos, cuál debe ser la orientación de la enseñanza en nuestras Escuelas de Economía?

En primer lugar, debemos trazarnos un Plan sencillo y práctico para dotarlas del personal de profesores capacitado para asumir las tareas de la enseñanza. La economía no es ya la ciencia difusa, vaga y simple que los viejos textos nos presentan. El economista debe ser entrenado por un profesorado selecto y de alta calidad moral y científica. Esa enseñanza debe tender a dar a nuestros jóvenes economistas, los instrumentos que el análisis económico requiere para la interpretación correcta de las relaciones cuantitativas con que nos encontramos a cada paso. La producción, el consumo y el cambio, se expresan cuantitativamente en la vida diaria de una nación, de un grupo de naciones, o de una firma individual. El economista tiene que aprender a interpretar las relaciones que ligan estos fenómenos. Smith,

Ricardo, Mill, la Escuela Austriaca y Marshall, nos dieron los fundamentos científicos para interpretar esas relaciones con respecto al mundo de la firma, y Walras con su teoría del equilibrio general, nos enseñó a interpretar relaciones generales dentro de la economía.

Pero es Keynes, quien llama la atención hacia el ineludible deber de proporcionar trabajo a quien es hábil para trabajar y desea hacerlo. El mundo capitalista se había olvidado en su frenesí hegemónico y ambicioso, de esta sencilla verdad. Fue Keynes quien nos enseñó a estudiar el ingreso nacional y la ocupación como antecedente necesario para buscar las causas de las enfermedades sociales de nuestro tiempo, preocupándonos de mantenerlas en su más alto nivel, así como procurar una redistribución del ingreso nacional que evite las injusticias de su mala distribución, a través de una política adecuada del Estado.

El economista debe, pues, reunir en sí los elementos de análisis que le han de permitir comprender sistemáticamente el ambiente en que vive, la realidad que nutre las aspiraciones y tragedias de su nación y ser hábil para descubrir los caminos que han de llevarle a una solución de los problemas que esa realidad le plantea. Debe adoptar, por tanto, una visión honrada de los hechos, descubrir las llagas donde las encuentre, y exponer con franqueza lo que con sus instrumentos de análisis ha visto, presentando al mismo tiempo las alternativas que, en su opinión, han de conducir a una solución de tales problemas.

Por consiguiente, la moderna enseñanza de economía no debe estar impregnada del espíritu de defensa del orden social existente. Por el contrario, debe ser la forma en que se canalicen, con ayuda de métodos científicos, las aspiraciones al mejoramiento de la sociedad en que vivimos, del País al que nos debemos como hombres y como ciudadanos. Esa enseñanza debe ser todo lo científica que se desee y sea posible realizar con los medios a nuestro alcance. Como dice el economista americano John Maurice Clarke, la economía "es una ciencia o trata de serlo" y su objeto de estudio consiste de deseos y valores". Si "ciencia es medida", las medidas que dan a la Economía su derecho en tal plano son del tipo en el cual las cosas se miden, no en términos de su peso o cualquier cantidad física, sino en términos de su "valor" o su costo. La economía no puede simplemente expresar esas relaciones entre fenómenos que son más características, sin trasladar cantidades físicas en términos de valor o costo".

El economista debe preguntarse siempre: ¿Cómo funciona nuestra economía? y luego: ¿Cuáles son los obstáculos que se oponen a un funcionamiento y crecimiento normal de nuestra economía? Con esa respuesta, el economista debe estar en capacidad para formular las medidas alternativas que permitan el funcionamiento normal de la economía, su crecimiento conforme a las necesidades dimanadas del creciente aumento de la población y del nivel de cultura que se transforma automáticamente en mayor suma de necesidades económicas. El economista debe también estar capacitado para descubrir las relaciones entre su propia economía y el mundo exterior, así como los obstáculos que imposibilitan mejores relaciones de intercambio o de un desarrollo más armónico entre su propio País y el mundo exterior. Todo esto no podrá hacerlo el economista si no ha tenido antes el entrenamiento científico necesario. Y este entrenamiento científico requiere un profesorado apto. En nuestro País, hemos comenzado apenas a preparar el elemento requerido para una enseñanza científica de la economía. Hemos ensayado variadas tendencias en la enseñanza de la Economía, y al fin vamos encontrando el camino.

Al estudiante de Economía no debe atiborrarse con conocimientos cuantitativos como los que informan nuestra enseñanza secundaria. Para nuestro medio, el economista debe estudiar, ante todo, ciencias económicas, partiendo del supuesto de que no cuenta con la materia prima de un bachiller en humanidades modernas. Las enseñanzas de Contabilidad, Matemáticas y Derecho deben ser enteramente auxiliares, dando un poco más de preeminencia sobre las demás ramas auxiliares, a las Matemáticas. Análisis económico elemental, con el estudio de la teoría de la firma, en competencia perfecta, monopolio y competencia monopolística, debe ser el ABC de la enseñanza. Conjuntamente con ello, la visión macro-estática y macro-dinámica, de la economía, ayudará al estudiante a interpretar la realidad del País, en un instante determinado y en su evolución histórica y situarlo convenientemente en el conjunto de la economía mundial y las fluctuaciones en que vive constantemente ese mundo.

Algunos de los autores más importantes de la literatura de este período son...

La literatura de este período se caracteriza por su diversidad y su riqueza...

El movimiento de este período se fundamenta en la búsqueda de la verdad...

En consecuencia, la literatura de este período es una literatura de compromiso...

El movimiento de este período se fundamenta en la búsqueda de la verdad...

Algunos de los autores más importantes de la literatura de este período son...